

ESPEJOS DE GALEANO

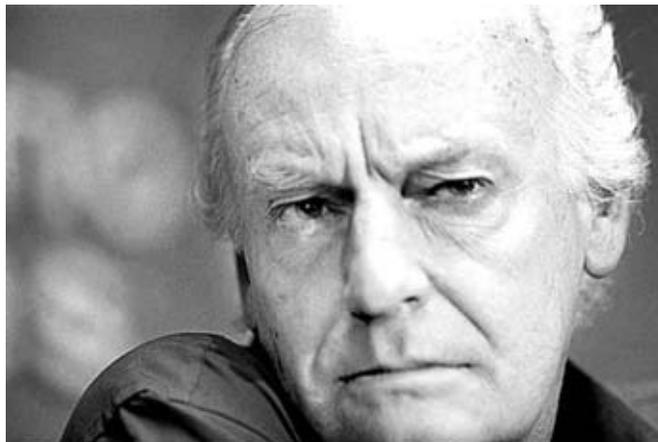
Daniel Orizaga Doguim

“La vida, sin nombre, sin memoria, estaba sola”, dice el autor. Pero, sin deseo la vida no es. En el principio, entonces, fue el deseo, y ésta es su historia (es decir, memoria-vida).

Pocas novedades encontrarán los lectores habituales de Eduardo Galeano (Montevideo, 1940) en *Espejos. Una historia casi universal*.¹ En eso consiste su calidad. Con algún azoro compruebo que somos legión quienes lo seguimos, aunque sin reconocernos. Carecemos de marcas para identificarnos entre nosotros, pero podemos identificarnos todos en él —incluso el abyecto fanático del Neo-Capital. Aquí encontramos “la otra voz”, la refundición de pequeñas anécdotas y narraciones con la que va armando sus libros, de *Las venas abiertas de América Latina* (1971) a *Las palabras andantes* (1993). Recuperar no es el método, yo diría, es re-*ecoar*, palabra mezclada de español y portugués. O sea: devolverle ecos, matices vocales, densidad. Lo novedoso, el relumbrón, no le interesa. Y a nosotros tampoco. Sin arcaísmos, *Espejos* es arqueología del deseo vivo en alegrías y prejuicios añejos. Libro agrídulce, es también acta de la estupidez humana.

Definir a Galeano consume esfuerzos. Carece de títulos académicos para llenar sus solapas, de protocolos para abordar la historiografía y de las ingenuidades de los cuenta-cuentos, de ternuras cursis. En su obra hay, sí, compasión en el mejor sentido, de quien acompaña en el padecer y el regocijo. Ciudadano del exilio, sacude de sus pies el polvo de las ciudades letradas. Al ir de paso, prefiere detenerse el camino para evocarlas. La poética galeana tendrá que ser leída a partir de la construcción de su narrador nómada.

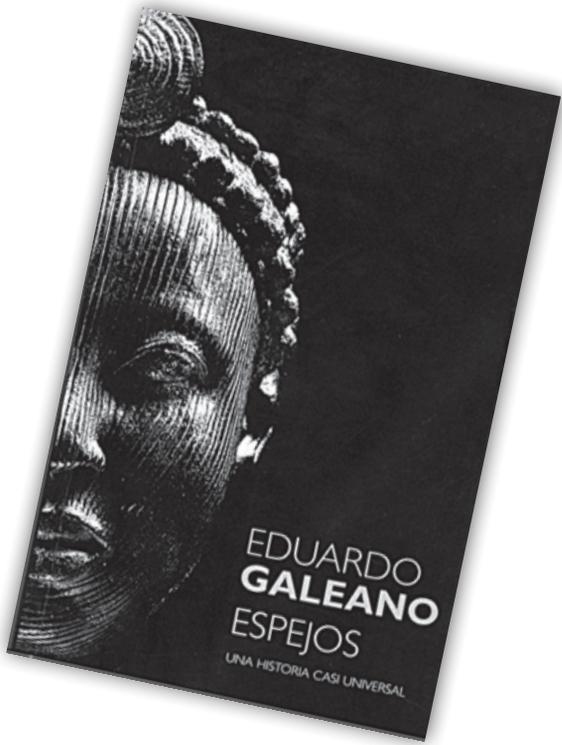
La tentación por la cita puede vencerme. Anoto y borro el nombre, sonoro, casi una clave que abre la puerta a la pedantería diletante, la mía. Walter Benjamin. ¿Y cómo no pensar en el narrador como quien recupera mejor las palabras de la tribu? Pero existen varias trampas. La “historia universal”, por definición, desconoce lo tribal, como si fuera su pecado de origen. Como si no existiera, como si Madrid o Washington D.C. crecieran naturalmente del asfalto y no por la explotación humana.



Por la “historia universal” nos enteramos de los esclavos, de las hembras, y de los bárbaros. De los pobres. He ahí la ironía del subtítulo “casi universal”. *Espejos* no puede ser narrativa globalizada con apariencias de recta legalidad, absoluta, lineal. Galeano conoce tantas geografías como para rendirse a ella. Prefiere refractar y multiplicar, poner al fragmento frente al otro, le presta brillos. Y tampoco puede ser “una”, o mejor, única. Conocemos el relato bíblico del Génesis. La creación de Galeano consiste en hacer negros a Adán y Eva, *hacernos negros*. La historia que era ajena (“de los negros”) revela sus falsas categorías. Y si bien el relato de la fundación del prejuicio puede no ser exacto, sí nos hace comprender: que en este recuento de abusos y dolores también quien lee cómodo en su butaca es culpable. Yo entendí que lo soy, cómplice.

No creo que existan géneros chicos en literatura. Bien puede convivir la novela verbosa con los libros de fragmentos, de citas y reescrituras. La arquitectura rota de *Espejos* doma el azar. Más que en espejos, pienso en mosaicos bizantinos: el rostro que leemos es el de la humanidad con sus valores particulares. La novela latinoamericana contemporánea —si así puede llamarse— y el género que propaga Galeano son dos mundos distintos, como distante, también, suena la historia artificial de Occidente. Las palabras serán las mismas en *Espejos*, pero recobrarán sentido, vendido antes a la pluma del mejor postor. La memoria de Galeano escribe del fuego, del agua, del aire: los elementos del mundo. Sobre todo, de la tierra. Pero, como a Quevedo, la tierra lo ha hechizado y su “historia casi universal” —título paródico— revierte las fundaciones, los orígenes, los hitos de las culturas del

¹Eduardo Galeano, *Espejos. Una historia casi universal*, Siglo XXI, México, 2008, 364 p.



Hombre. Del Hombre Blanco, claro, occidental rabioso frente a los otros que domina: las mujeres, los esclavos del emperador y del capital. Como escribe, el diablo —el enemigo— ha sido sucesiva y recurrentemente musulmán, judío, negro, mujer, pobre, extranjero, homosexual, gitano e indio... aunque no en este orden. También lo ha sido el loco, el hereje, el rojo, el revisionista, el enemigo del progreso, el disidente —así los llaman los Zares Comunistas. El autoritarismo es la peste más difundida.

Ninguna reconstrucción es ingenua. Ésta abarca culturas americanas —mayas, amazónicas, incas—, asiáticas —sumerias, chinas, hindis—, europeas, africanas. Antiguas y modernas barbaries de higiene social y pureza racial:

La justicia en tiempos de Franco

Arriba, en lo alto del estrado, enfundado en su toga negra, el presidente del tribunal.
 A la derecha, el abogado.
 A la izquierda, el fiscal.
 Escalones abajo, el banquillo de los acusados, todavía vacío.
 Un nuevo proceso va a comenzar.
 Dirigiéndose al ujier, el juez, Alfonso Hernández Pardo, ordena:
 —*Que pase el condenado.*

Suena un estribillo en *Espejos*: la oveja negra termina siempre en el matadero. (Por cierto, el método de Galeano

le debe bastante al querido patriarca de nuestra revista, Augusto Monterroso). Más allá, de la recopilación, asistimos al desmontaje de viejos relatos que hemos llegado a creernos. Éste libro bien puede llamarse también “mitologías”, si el nombre no estuviera ya usurpado. Lo increíble es que nuestra estupidez parezca de fábula al ser relatada por Galeano. No hay moraleja, sino demostración del absurdo. El género de este libro, como es usual en el uruguayo, le compete sólo a él. La poética galeana potencia historiografía, mito y literatura al hacerlas convivir. No hay historia minúscula ni personaje sin importancia. Aquello que nos desvela pudo tener comienzo en un mal chiste, una palabra mal pronunciada o un capricho:

Fundación de la Organización Internacional del Comercio

Había que elegir al dios del comercio. Desde el trono del Olimpo, Zeus estudió a su familia. No tuvo que pensarlo mucho. Tenía que ser Hermes. Zeus le regaló sandalias con alitas de oro y le encargó la promoción del intercambio mercantil, la firma de tratados y la salvaguardia de la libertad de comercio. Hermes, que después, en Roma, se llamó Mercurio, fue elegido porque era el que mejor mentía. (p. 36)

La ficción es, lo diría Juan José Saer, “antropología especulativa” por multiplicar nuestras posibilidades de vida. De nuevo, reclamo para Galeano también el dominio de la “arqueología especulativa”, que ilumina con cada relato historias manoseadas u olvidadas. Ciertamente nada he escrito sobre el placer de la lectura de *Espejos*. No ha sido descuido, lo doy por sentado. Y sí, es mejor saberlo, esta voz nos dice que el otro seremos nosotros:

Dios

En el campo de concentración de Flossenbürg, está preso Dietrich Bonhoeffer.
 Los guardias obligan a todos los presos a asistir a la ejecución de tres condenados.
 Al lado de Dietrich, alguien susurra:
 —*Y Dios, ¿dónde está?*
 Y él, que es teólogo, señala a los ahorcados que se balancean a la luz del amanecer:
 —*Ahí.*
 Días después, llega su turno.

Por algo el libro se llama *Espejos*.²⁴

²⁴ Daniel Orizaga Doguim (Ciudad Madero, 1983). Mexicano, crítico literario y profesor universitario. Secretario de redacción, junto con Selfa Chew, de la *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* (UTEPEón).